

§. IV.

Lealtad admirable de los perros, y confusión de la ingratitude del hombre.

Mas ya que la necesidad del mantenimiento nos obligó á tratar de los canes, añadiré aquí otra cosa, la cual servirá no para todos, sino para solos aquellos que anhelan á la perfeccion de la vida cristiana, la cual vi representada tan al proprio en un lebre, que no habia mas que saber, ni que desear. Porque en él vi estas tres cosas que diré. La primera, que nunca jamas por jamas se apartaba de la compañía de su señor. La segunda, que cuando alguna vez el señor mandaba á alguno de sus criados que lo apartase dél, gruñia, y aullaba, y si lo tomaban en brazos para apartarlo, perneaba con piés y manos, defendiéndose de quien esto hacia. La tercera cosa que vi fué, que caminando este señor por el mes de agosto, andadas ya tres leguas ántes de comer, iba el lebrele carleando de sed. Mandó entónces el señor á un mozo de espuelas que lo llevase por fuerza á una venta que estaba cerca, y le diese de beber. Yo estaba presente, y vi que á cada dos tragos de agua que bebia, volvía los ojos al camino, para ver si el señor parecia. De modo que aun bebiendo no estaba todo donde estaba, porque el corazon, y los ojos, y el deseo estaban con su amo. Mas en el punto que lo vió asomar, sin acabar de beber, y sin poder ser detenido un punto, salta, y corre para acompañar á su señor. Mucho habia que filosofar sobre esto. Porque el Criador no solo formó los animales para servicio de nuestros cuerpos, sino tambien para maestros y ejemplos de nuestra vida: como es la castidad de la tórtola, la simplicidad de la paloma, la piedad de los hijos de la cigüeña para con sus padres viejos, y otras cosas tales. Mas volviendo á nuestro propósito, si el amador de la perfeccion tuviere para con su Criador estas tres cosas, que este animal tan agradecido tenia para con el señor que le daba de comer por su mano, habrá llegado á la cumbre de la perfeccion.

Entre las cuales la primera es, que nunca se aparte dél, sino que todo el tiempo (cuanto humanamente le sea posible) ande siempre en la presencia dél, de modo que ni jamas lo pierda de vista, ni pierda la union actual de su espíritu con él, haciendo á su modo en la tierra lo que hacen los ángeles en el cielo, que es estar siempre actualmente amando, y reverenciando, y adorando, y alabando aquella soberana majestad. Si esto hicier, habrá llegado á la última perfeccion y felicidad de la vida cristiana. Esta perfeccion pedia Sant Augustin (dd) á nuestro Señor en una de sus meditaciones por estas devotísimas palabras: En tí, Señor, piense yo siempre de dia, en tí sueño durmiendo de noche, á tí hable mi espíritu, y contigo platique siempre mi ánima. Dichosos aquellos que ninguna otra cosa aman, ninguna otra quieren, y ninguna otra saben pensar, sino á tí. Dichosos aquellos, cuya esperanza eres tú, y cuya vida es una perpetua oracion. Esta es pues la primera obra de perfeccion que nos enseña aquel animal, que nunca se apartaba de su señor.

La segunda es, que como este animal sentia tanto el apartamiento dél, así el amador de la perfeccion sentia mucho todo aquello que lo aparta desta felicísima union con Dios, como lo sentia el bienaventurado Sant Gregorio Papa: el cual (viendo que las ocupaciones del oficio pastoral le divertian algun tanto desta actual union con

(dd) August. Medit. c. 33. et 37.

Dios), se lamenta y queja de sí mismo en el principio de sus diálogos, por estas palabras (ee): La miserable de mi ánima, lastimada con la herida de las ocupaciones que consigo trae el oficio pastoral, acuérdate de aquella vida quieta de que gozaba en el monasterio: cómo entónces tenia debajo de los piés todos los bienes desta vida, cómo estaba mas alta que todas las cosas que ruedan con la fortuna, cómo no sabia pensar mas que en las cosas del cielo, cómo deseaba la muerte, que á todos es penosa, por ir á gozar de la vida eterna. Veis pues aquí expresada la segunda cosa que este can nos representa, cuando aullaba y perneaba, porque le apartaban de su señor. Mas la tercera es la mas ardua, y en que está toda la fuerza deste negocio: la cual es, que así como este can renunció el gusto que recebia en el beber, por no perder un punto de la compañía de su señor, así el perfecto siervo de Dios ha de cortar por todos los gustos, y afecciones, y cuidados, y cobdicias, y negocios, y ocupaciones demasadas que le fueren impedimento desta beatísima union, si no fuere cuando la obediencia, ó la necesidad de la caridad le obligare á ello, y aun en este tiempo ha de trabajar todo lo posible por no apartar los ojos del ánima de la presencia de su Señor. Esta tercera cosa muestra David (ff) que hacia cuando decia: Que habia renunciado su ánima todas las consolaciones de la tierra, y ocupádose en pensar en Dios, con cuya memoria habia recibido tan grande consolacion, que su espíritu desfallecia con ella. Esto es propriamente morir al mundo, para vivir á Dios: esto es dejarlo todo, para hallarlo todo en solo él. Y si esto hacia este can por un pedazo de pan, que recebia de la mano de su señor, ¿qué será razon hagas tú, hombre desconocido, por aquel Señor que te crió á su imagen y semejanza, y te conserva con el beneficio de su providencia, y te redimió con su misma sangre, y te tiene aparejada su gloria, si no la perdieres por tu culpa?

Y ya que en este capítulo señalamos todas las especies de canes, no puedo dejar de maravillarme de la suavidad y regalo de la Providencia divina en haber criado otra especie muy diferente de canes, que son perricos de falda: los cuales nadie puede negar haber sido criados por la mano del Criador. Porque dado caso que un individuo se engendre de otro individuo, como un can de otro can, mas tal ó tal especie de canes, ó de otros animales, sola la omnipotencia de Dios puede criar. Pues ¿qué mayor indicio de aquella inmensa bondad y suavidad, que haber querido criar esta manera de regalo de que se sirven las reinas y princesas, y todas las nobles mujeres? Porque este animalico es tan pequeño, que para ninguna otra cosa sirve de las que aquí habemos referido, sino para sola esta. De modo que así como él crió mil diferencias de hermosísimas flores, y perlas, y piedras preciosas (muchas de las cuales para ninguna cosa mas sirven que para recrear la vista, y darnos noticia de la hermosura del Criador); así crió esta especie de animalillos para una honesta recreacion de las mujeres. Porque como ellas hayan sido formadas para regalar y halagar los hijitos que crian, cuando estos les faltan, emplean este natural afecto en halagar estos cachorrillos. Los cuales tienen tanta fe con sus señoras, que no se quieren apartar dellas, y sienten mucho cuando van fuera de casa, y alégranse y hácelas grande fiesta cuando vuelven, y búscanlas por toda la casa cuando des-

(ee) Greg. in procom. Dialog. (ff) Psal. 76.

aparecen, y no descansan hasta las hallar. Por lo cual me dijo una muy virtuosa y noble señora, que una cachorrilla que tenia, la confundia, viendo que no buscaba ella con tanto cuidado á Dios como la cachorrilla á ella. Veía pues el Criador que el corazon humano no podia vivir sin alguna manera de recreacion y deleite; y porque esta inclinacion (que es muy poderosa) no lo llevase á deleites ponzoñosos, crió infinitas cosas para honesta recreacion de los hombres; porque recreados y cebados con ellas, despreciasen y aborresciesen todas las feas y deshonestas. Y con esto darémos fin á este primer capítulo del mantenimiento de los animales.

CAPITULO XV.

De las habilidades que los animales tienen para curarse en sus enfermedades.

Como los cuerpos de los animales sean compuestos de cuatro elementos, y tengan en ellos cuatro cualidades contrarias, que son frio y calor, humedad y sequedad, necesario es que sean mortales y sujetos á diversas enfermedades como los nuestros. Porque en destemplándose un poco la proporcion que entre sí tienen estas cuatro cualidades (en la cual consiste la salud), luego se sigue la enfermedad. Los hombres para remedio de sus dolencias tienen razon, y con ella han descubierto con muchos trabajos y experiencias la ciencia de la medicina. Mas como esta razon falte á los brutos, suplió esta falta aquella perfectísima Providencia, la cual aunque resplandezca mucho en todas las cosas que hasta aquí habemos dicho, pero mucho mas claramente se ve en esta; pues saben los animales por especial instinto de Dios mas de lo que los hombres han alcanzado con estudio y trabajo de muchos años; pues muchas enfermedades hay á que los médicos no han hallado remedio, y ninguna padescen los animales, para que no lo hallen, por ser guiados y enseñados por mejor maestro. Por lo cual no es de maravillarse que ellos fuesen nuestros maestros en algunas medicinas que dellos aprendimos. La virtud de la celidueña para curar los ojos nos enseña la golondrina, la cual enseñada por su Criador, busca esta yerba para curar los ojos enfermos ó ciegos de sus hijuelos; y la del hinojo que sirve para lo mismo, aprendimos de las serpientes, que con ella curan los suyos. La medicina tan comun de los cristales nos mostró la íbis, ave semejante á la cigüeña, la cual, sintiendo cargado su vientre, hinche el pico de agua salada, y este le sirve de cristal con que se purga. La sangría aprendimos del caballo marino, que en lengua griega se llama hyppopotamo, el cual sintiéndose enfermo, vase á un cañaveral recién cortado, y con la punta mas aguda que halla, ságrase (como refiere Plinio) en una vena de la pierna. Mas ¿qué remedio para no desangrarse del todo? Creo que todo nuestro ingenio no sabrá dar remedio á esto: mas sábelo este animal, enseñado por aquella summa Providencia que en nada falta. Porque vase á revolcar en algun cenagal, y el cieno que en la herida se le pega le sirve de venda para detener la sangre. Pues ¿qué otro maestro enseñó al puerco, estando enfermo, irse á la costa de la mar á buscar un cangrejo para curar su enfermedad? ¿Qué otro enseñó á la tortuga, cuando comió alguna vívora, buscar el orégano para despedir de sí la ponzoña? Y (lo que es mas admirable) ¿quién otro enseñó á las cabras monteses de Candia comer la yerba del dictamo para despedir de sí la saeta del ballestero?

Si fuera para curar la herida, no me maravillara tanto: mas que haya yerba poderosa para despedir del cuerpo un palmo de saeta hincada en él, esto es obra del Criador, que quiso proveer de remedio á este animal tan acosado de los monteros.

Pero el perro (cuando está muy lleno de humor colérico) si no se cura, viene á rabiar; mas la divina Providencia que dél y de nosotros tiene cuidado, le enseñó una yerba que nasce en los vallados, la cual le sirve de muy fino ruibarbo; pues por ella despide por vómito cuanta cólera tenia. Y si recibe alguna herida, no tiene necesidad de mas emplastro que de su lengua; porque si con ella alcanza á lamerla, no ha menester mas zurujano. La comadreja, herida en la pelea que tiene con los ratones, se cura con la ruda: los jabalíes con la yedra. El oso, hallándose enfermo por haber comido una yerba ponzoñosa, que se llama mandragora, se cura comiendo hormigas. ¿Quién pudiera creer que un animal de tan grande cuerpo se pudiera curar con cosa tan pequeña, como son las hormigas? Mas en todas las cosas, por pequeñas que sean, puso el Criador su virtud, el cual nada hizo de balde. Ni al dragon (con ser animal tan aborrescible y dañoso) dejó sin medicina; porque sintiéndose enfermo, en lugar de ruibarbo se cura con el zumo de las lechugas silvestres. Y no es ménos dañoso ni fiero el leon pardo, el cual tiene por medicina el estiércol humano. Mas limpia medicina es la de las perdices, y grajas, y palomas forcazas, que se curan comiendo las hojas del laurel. Todo lo susodicho es de Plinio en el libro octavo.

De los perros dice Alberto Magno, que cuando sienten en sí lombrices, se curan comiendo el trigo en berza. Y él mismo dice, que la cigüeña sintiéndose herida, se pone orégano en la llaga, y así sana. Por estos ejemplos entenderémos que el Criador ninguna enfermedad de animales dejó sin remedio; pues todas sus obras son acabadas y perfectas. Las comunes yerbas con que se curan los hombres son agarico y ruibarbo; mas los animales para cada enfermedad tienen su propia yerba ó medicina; porque esta variedad de remedios descubre mas la sabiduría del protomédico del mundo. Ni tampoco es cosa nueva, sino muy cotidiana, buscar los gatos otras yerbas con que se purgan y alivian cuando se hallan cargados y dolientes.

El leon por sus grandes fuerzas (a), y el delfin de la mar por su gran lijereza, se llaman reyes; aquel de los animales de la tierra, y este de los peces de la mar. Y ambos ordenó la divina Providencia que tuviesen una misma medicina para curarse. Porque el leon cuando adolece, se cura comiendo la carne del ximio de la tierra, y el delfin con otro linaje de ximio que hay en la mar. La osa tambien, como refiere Sant Ambrosio (b), cuando está herida busca una yerba, que en lengua griega se llama plomos, y con solo tocar la herida con ella, sana. Ni tampoco habia de faltar á la raposa medicina para curarse, pues tanto sabe en otras cosas: y esta, dice el mismo sancto (c), que es la goma del pino, con la cual cura su dolencia.

§. ÚNICO.

Del instinto especial para prevenir los peligros algunas aves y peces.

A este propósito de la medicina pertenesce la mudanza (a) Elianus, lib. 2. (b) Exam. lib. 6. c. 4. (c) Ibidem.

za de los lugares, que así las aves como los peces buscan para conservación de su salud. En un cierto paraje de Portugal, vecino á la mar, que se llama nuestra Señora do Cabo, se junta por el mes de setiembre una gran muchedumbre de diversas avechillas, para pasar en Africa, á tener allí el invierno mas templado. Y por esta ocasion acuden allí los cazadores, y con poca industria toman gran número dellas. Y es cosa para notar, que como buenos y fieles compañeros se esperan unas á otras para hacer juntas aquella jornada. Y pasado el invierno, huyen de los calores de Africa, y vuelven á los aires mas templados de España.

Lo mismo hacen en su manera muchas diferencias de peces en la mar, mudando lugares, especialmente cuando van á desovar; porque para esto son necesarios mares, y cielos, y aires mas benignos. Y para esto se juntan y concurren de diversas partes muchas diferencias de peces, y todos caminan juntos, como un grande ejército, y van al mar Euxino, que está á la banda del norte, para pasar allí ellos con sus hijos el verano mas templado. Sobre lo cual exclama Sant Ambrosio diciendo (d): ¿Quién enseñó á los peces estos lugares y estos tiempos, y les dió estos mandamientos y leyes? ¿Quién les enseñó esta orden de caminar, y les señaló los tiempos y términos en que habian de volver? Los hombres tienen su emperador, cuyo mandamiento esperan, y él envía sus edictos y provisiones reales, para que toda la gente de guerra se junte tal dia en tal lugar: y con todo esto muchos de los llamados faltan. Pues ¿qué emperador dió á los peces este mandamiento? ¿Qué maestro les enseñó esta disciplina? ¿Qué adalides tienen para andar este camino sin errar? Reconozco en esta obra quién sea el emperador, el cual por disposicion divina notifica á los sentidos de todos estos animales este su mandamiento, y sin palabras enseña á los mudos la orden desta disciplina, porque no solo penetra y llega su providencia á las cosas grandes, sino tambien á las muy pequeñas. Hasta aquí Sant Ambrosio.

El mismo Sancto (e) refiere otra cosa memorable, con la cual se declara mas esto que acabamos de decir, que es no haber cosa tan pequeña, que esté privada deste beneficio de la divina Providencia. Dice pues él, que el erizo de la mar, que es un pequeño pececillo, en tiempo de bonanza, por el instinto que le dió el Criador, conoce que ha de haber tormenta, y así se repara para ella. Mas ¿de qué manera? ¡Oh maravillosa virtud del Criador! Lástrase en este tiempo tomando una piedra en la boca para que no puedan tan fácilmente las ondas jugar con él de una parte á otra. Lo cual viendo los marineros, entendiendo por este pece lo que por sí no alcanzaban, se reparan ellos tambien, y aperceben las áncoras con todo lo demas para contrastar á la tormenta. Pues ¿qué matemático, qué astrólogo, qué caldeo puede así conocer el curso de las estrellas y los movimientos y señales del cielo como este pececillo? ¿Con qué agudeza de ingenio alcanzó esto, ó de qué maestro lo aprendió? ¿Quién fué el intérprete de este agüero? Muchas veces los hombres por las mudanzas de los aires adivinan la de los tiempos, y muchas veces se engañan: mas este erizo nunca se engaña, ni son falsas las señales que lo mueven. Pues ¿por qué via alcanzó este pece tanta sabiduría, que adivine las cosas venideras? Pues cuanto este animalillo es mas vil, tanto mas nos declara que

(d) Ambr. lib. 5. cap. 10. (e) Eod. lib. cap. 9.

este conocimiento le fué dado por la divina Providencia. Porque si ella es la que viste con tanta hermosura las flores del campo, si ella dió aquella tan grande habilidad á las arañas para tejer su tela, ¿qué maravilla es haber dado á este pececillo conocimiento de lo que está por venir? Porque de ninguna cosa se olvida, ninguna hay que no provea. Todo lo ve aquel que todo lo provee. Todas las cosas hinche de su sabiduría, el que todas las hizo con summa sabiduría. Lo dicho es de Sant Ambrosio.

Bien sé que las aves tambien adivinan las tormentas: porque los cuervos marinos y las gaviotas, que huelgan naturalmente con el mar alto, adivinando la tempestad, como este erizo, se acogen á la playa, donde están mas seguras. Y las garzas tambien que huelgan con las lagunas de agua (de cuyos peces se mantienen), barruntan las grandes lluvias y tempestades del aire, de las cuales se libran volando sobre las nubes, donde está el cielo y aire sereno. Mas con todo esto hice mas caso del ejemplo deste erizo; porque cuanto este pececillo es mas vil, y mas artificioso el medio por donde se repara, tanto mas nos descubre la sabiduría y providencia del Criador: el cual quiere que en todas las cosas le veamos, y reverenciamos, y glorifiquemos, como lo hacen aquellos espíritus soberanos, que perpetuamente están alabando al Criador, diciendo que los cielos y la tierra están llenos de su gloria; porque todo cuanto en ellos hay, son obras de sus manos, testigos de su gloria, predicadores de sus alabanzas, y todas nos descubren la bondad, y sabiduría, y providencia suya, la cual es tan universal y tan perfecta, que á ninguna criatura por pequeña que sea falta; con lo cual nos convidan á amar, servir y glorificar al que por tantas vias se nos quiso dar á conocer.

CAPITULO XVI.

De las habilidades y armas que los animales tienen para defenderse.

Dicho de la cura de los animales, síguese que digamos de las armas y habilidades que tienen para defenderse. Porque todos ellos generalmente tienen armas ofensivas y defensivas, y otras artes ó habilidades, que les sirven de armas, no de una manera, sino de muchas y diversas. Porque á unos proveyó el Criador de uñas, dientes, y picos revueltos; á otros de pezuñas, como las que tienen los caballos; otros tienen armas defensivas, como son las de algunos que tienen los cueros tan duros, que apenas los pasará un dardo; otros tienen conchas, como las tortugas y galápagos, y algunas serpientes, y dragones, y ballenas, y otras grandes bestias de la mar. Tales son las conchas de aquella gran bestia, que la Escritura llama Leviatan, cuyas armas tan particularmente describe en el libro de Job (a) el mismo Señor que se las dió, diciendo: Su cuerpo es como un escudo de acero guarnescido con escamas tan juntas unas con otras, que ni un poco de aire entra por ellas. No hace mas caso del hierro, que de las pajas; ni del acero, que de un madero podrido. No lo hará huir ningun balletero, y las piedras de la honda son para él una liviana arista, y los golpes del martillo son para él una paja liviana, y él hará burla de la lanza que viene por el aire blandiendo. Estas y otras armas dió el Criador á esta bestia fiera que allí nos representa, para mostrar, así en las cosas grandes como en las pequeñas, la grandeza de su poder y sabiduría.

(a) Job. 41.

Mas en cuerpo pequeño son de extrema admiracion las armas defensivas que dió á la langosta de la mar y al lobagante (porque estos nombres tienen en Portugal). Están estos peces vestidos de un arnes tranzado, hecho de una concha dura, y este tan perfectamente acabado, que en todas las herrerías de Milan no se pudiera hacer mas perfecto. Solos los ojos era necesario estar descubiertos para ver: mas encima de cada uno está por guarda una como punta de diamante labrado, para que nadie pueda llegar á ellos sin su daño. Y tiene mas otra ventaja á nuestros arneses, que es estar la concha de encima sembrada de abrojos y puntas agudas, para que ningun pece le pueda morder, sino lastimándose la boca. Y porque era necesario tener algun secreto lugar por donde despidiesen los excrementos, para esto tienen una compuerta tan ajustada y tan apretada, que ningun agua pueda entrar por ella. Y porque estas armas eran pesadas para la lijereza del nadar, suplió el Criador esta falta con darles doce remos, seis por banda, con los cuales maravillosamente cortan las aguas y nadan. Ni porque les dió estas armas defensivas, les negó las ofensivas; porque tienen dos brazos con dos tenazas al cabo dellas, que ellos abren y cierran á su voluntad, y con ellas prenden lo que quieren. Y porque nada les faltase de lo necesario, las dos piezas destas tenazas ó garras no son lisas, sino á manera de sierra tienen sus dienteillos, para que el pece que prendieren, no pueda escaparse dellas. Y con estas garras llegan el manjar á la boca, y comen de la manera que comemos nosotros, sirviéndose de las manos para esto: lo cual ninguno de los peces, ni aun de los otros animales hace (quitados los ximios aparte), porque todos los otros se sirven de sola la boca para comer ó pascer; mas este llega con las manos el manjar á la boca: lo cual vemos cada dia (no sin admiracion) en los cangrejos, que como son semejantes á ellos, comen de la misma manera.

Estos son los modos de que el Criador proveyó á muchos de los animales, así para cazar, como para se defender. Mas á los que no dió armas, dió lijereza para huir de los enemigos, como al ciervo, al gamo, y á la liebre. A otros dió singulares artes é industrias para escapar de los peligros, y dejar burlados sus adversarios y perseguidores, como á las raposas, que saben mil mañas para escapar, y no ménos á la liebre, que unas veces hurta el cuerpo al galgo que la persigue, otras con mayor artificio, cuando ve el enemigo cerca, levanta polvo con los piés para le cegar y hacer perder el tino. Mas ¿qué hace cuando ve caer el águila sobre sí? Tampoco le falta para esto industria, porque se empina sobre los piés, y levanta las orejas cuanto puede, y como el águila caza de vuelo, acomete á la parte del cuerpo que ve mas levantada; entónces ella incontinentemente la baja, y así escapa, venciendo por arte la fuerza del perseguidor, y mostrándonos por experiencia lo que dijo el Sabio (b): Mas vale la sabiduría que las fuerzas, y el varon prudente que el esforzado. Y en otro lugar (c): La ciudad del fuerte escaló el sabio, y destruyó toda la fuerza de su confianza.

Tiene tambien otra industria este animal, y es que entra de salto en la madriguera, por no dejar rastro para que se sepa su casa. Y de otra industria semejante usan tambien los animales fuertes y armados. Porque el oso, para que no se halle el lugar de su morada, usa deste

(b) Sapient. 6. (c) Prov. 21.

artificio, que entra en ella volviéndose boca arriba, y andando de espaldas para no dejar señal de la huella de sus piés. Mas el leon le vence aun en esta industria; porque anda hácia atras, y á una parte y á otra, ya hácia bajo, ya hácia arriba, y parte desta huella cubre con polvo, para que con esta confusion de caminos, deje tambien confuso al cazador, para que no sepa atinar á do él mora y cria sus hijuelos. Pues si los fuertes se ayudan de arte é industria, ¿qué harán los flacos que no tienen otras armas? Así la perdiz no entra de vuelo en el nido, porque no sea conocido, sino mucho ántes cae en tierra, y andando llega á él.

Finalmente, á todos estos animales desarmados proveyó el Criador de temor, el cual es madre de la seguridad. Porque este los hace andar solícitos huyendo de los lugares peligrosos, y buscando los seguros, como hacen los ciervos y gamos, que andan por los altos riscos y despeñaderos, levantadas las cabezas, para ver y oler cualquier cosa que los pueda dañar. Con lo cual tambien nos enseñan, que no ménos está la seguridad de nuestras ánimas en el temor de Dios, que la de sus cuerpos en el temor de los peligros. Por esto dice Salomon (d), que es bienaventurado el hombre que siempre vive temeroso; porque este temor lo hace solícito para hurtar el cuerpo á todas las ocasiones de los peligros. Y el Eclesiástico (e): Guarda, dice, el temor de Dios, y envejecete en él. Quiere decir: aunque seas criado viejo en la casa de Dios, y sea muy antigua y probada tu virtud, no por eso pierdas la compañía del temor.

§. I.

Del elefante, y industria en pelear de otros animales.

Cosa es de grande admiracion la que escribe Solino del elefante (f), el cual, viéndose muy apretado de los cazadores, quiebra los colmillos y déjalos en tierra para que dándole el marfil que ellos buscan, le dejen con la vida, redimiendo su vejacion con una parte de su cuerpo para conservar el todo. Y el mismo autor, capítulo veinte y tres, dice otra cosa semejante á esta de otro animal, que en latin se llama castor, al cual parece que se derivó el nombre de castrado; porque este se castra con sus dientes, cuando se ve muy acosado y perseguido de los cazadores, dejando en tierra aquella parte de su cuerpo que ellos buscan, porque lo dejen de perseguir. Estas cosas parecerán increíbles á los que no miran mas que á las habilidades que se pueden esperar de un animal: mas quien considerare que la divina Providencia gobierna los animales, y les da inclinaciones y naturales instintos para todo lo que conviene á su conservacion y defension, nada desto tendrá por increíble. Porque si dijimos que la divina Providencia suple en todos los animales la falta que tienen de razon, dándoles inclinaciones é instintos para que con ellos hagan lo que hicieran si la tuvieran, y vemos que todos los hombres que la tienen, consienten que se les corte un brazo, ó una pierna por conservar la vida, no es cosa increíble querer perder estos animales una parte de su cuerpo por la misma causa.

Tampoco será increíble lo que diré de la pelea que tienen entre sí el elefante y el unicornio sobre los pastos. Porque el unicornio, que tiene sobre la nariz un cuerno tan duro como hierro, habiendo de entrar en el desafio con el elefante, que es mucho mayor que él,

(d) Prov. 28. (e) Eccl. 2. (f) Cap. 38.